ADMINISTRACION

LIRICO-DRAMÁTICA.

LA PLAZA

DE LA CEBADA,

DRAMA

EN UN ACTO EN VERSO Y PROSA,

ORIGINAL DE

PEDRO YARTO.

MADRID.
SEVILLA, 14, PRINCIPAL.
1882.

ADICION AL CATÁLOGO DE 1.° DE MARZO DE 1882.

COMEDIAS Y DRAMAS.

		TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Parte que corresponde á la Galería
5	4	Crisis total-j. o. v.........	1	D. Eusebio Sierra.....	Todo.
4	2	El 11 de Diciembre-c. o. v.	1	F. Flores García....	»
4	1	El primer número-j. o. v...	1	Sres. Cardin y Vazquez.	»
5	2	El sonambulismo-c. o. p....	1	D. Clemente G. de Castro	»
		Firme, coronel............	1	José Olier,.........	»
3	1	La estatura de papá-j. o. p..	1	Sres. S. Castilla y Weyler	»
1	3	La Macarena-j. o. p........	1	D. José Orozco.........	»
4	3	La plaza de la Cebada.....	1	Pedro Yarto........	»
3	2	Los gorrones-j. o. p........	1	Manuel Matoses.....	»
2	2	¡Nicolás!--c. o p...........	1	Eusebio Sierra......	»
2	2	Oler donde guisan-c. o. p....	1	E. Sanchez Castilla..	»
2	3	Perros y gatos-j. o. v.......	1	José Estremera.....	»
4	2	¿Si me saldré con la mia...	1	M. G. de Cádiz......	»
2	1	Un recalcitrante-c. o. p ...	1	Juan Marina.........	»
3	3	Errar la cura-c. o. v........	2	José Olier...........	»
4	4	Robo en despoblado-c. o. p.	2	Sres. R. Carrion y Aza..	»
2	2	Tú lo quisiste-c. o. v.......	2	D. Pedro Gorriz.......	»
9	2	La marca del presidiario-m. a. p...................	3	Magin Venancio.....	»
7	2	Sucumbir en la orilla-d. o. v	3	Luis Oneca.........	»

LA PLAZA DE LA CEBADA.

OBRAS ESTRENADAS DEL MISMO AUTOR.

Escenas del Avapiés.
Salivilla.
La plaza de la Cebada.

LA PLAZA DE LA CEBADA,

DRAMA

EN UN ACTO EN PROSA Y VERSO,

ORIGINAL DE

PEDRO YARTO.

Estrenado en Madrid con extraerdinario éxito la noshe del 20 de Mayo de 1882.

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.

1882.

PERSONAJES	ACTORES.
DOÑA ROSA, esposa de D. Roque. .	SRA. PARREÑO.
PILAR, hija..........	SRTA. CEBRIAN.
LUISA. criada....................	SRA. FILLÓ.
DON ROQUE, general de Marina imposibilitado....................	SR. PARDIÑAS.
GENARO, hijo..................	SR. CERVON.
RODRIGUEZ, asistente (andaluz.)...	SR. PORTILLO.
EL TIO JOSÉ, naranjero..........	SR. AGUADO.

La escena en Madrid, en la casa habitacion de D. Roque sita en la plaza de la Cebada y durante la noche y mañana del dia 1.° al 2 de Mayo de 1808.

Las indicaciones están tomadas del lado del espectador.

ADVERTENCIA AL LECTOR. Escrito el presente cuadro para representarse el dia 2 de Mayo, causas ajenas á la buena voluntad de la Empresa, hicieron que no pudiera efectuarse hasta el 20 del mismo.

Á MI DISTINGUIDO AMIGO

Y DISCRETO AUTOR DRAMÁTICO

PEPE MOTA Y GONZALEZ.

En testimonio de amistad,

El Autor.

ACTO ÚNICO.

Saia de época lujosamente amueblada. Puerta al foro y dos laterales á la derecha. Entre puerta y puerta una Vírgen de la Soledad. Á la izquierda, en primer término, una panoplia con armas, y en segundo una ventana grande que figura dar á la plaza de la Cebada. Entre el centro de la escena y las dos puertas laterales, un velador con libros y papeles; á la izquierda del mismo una butaca y á la derecha un sillon.

ESCENA PRIMERA

D. ROQUE sentado en una butaca y apoyado en el velador con un libro en la mano y baston de muletilla.

ROQUE. (Dejando el libro.)
Pues señor, llegar á viejo
siempre fué fatalidad;
pero con gota y reuma.
es terrible por demas.
Porque, ¿qué se hace en el mundo
de esta suerte? voto va...
Si ofensa no fuera á Dios,
diría que hace muy mal
en no llevársele á uno,
esta es la pura verdad.

Luégo tambien el que abraza
la carrera militar,
y con ella se encariña
y honra, claro, muy mal
se aviene con la quietud
y la tranquilidad
del retiro ó del reemplazo,
que en resúmen es igual.
La nacion al fin lo paga,
y es muy bonito cobrar;
pero tambien es muy triste
sostener tanto holgazan;
y que el pobre pueblo pague,
lo que podrá... ó no podrá
dar buenamente; ahora, si
cuando en campaña, ó por [illegible] azar,
en asuntos del servicio
se inutiliza, muy bien está;
pero al que por vicioso,
herencia ó casualidad,
adquiere, ó se la busca
esta ó la otra enfermedad,
la nacion, ¿por qué ni á qué
se la tiene que costear?
Pues qué, ¿los demas no sirven
tambien á la sociedad
de una ó de otra manera?
Y en cambio ¿qué se les dá
cuando caducos y viejos
no pueden ya trabajar?
¡Cuando á mí me traen la paga,
hasta vergüenza me dá
tomarla! No fuera así
si en un combate naval,
cumpliendo con mi deber,
me hubieran... ¡pero cobrar
no faltándome ni un brazo

ni herido estado jamás,
es un cargo de conciencia!
En cambio...

ESCENA II.

DICHO y LUISA, despues RODRIGUEZ.

LUISA. Señor, ahí está
el asistente Rodriguez.
ROQUE. ¿Qué trae?
LUISA. Que le necesita hablar
dice.
ROQUE. Entónces que pase. (Váse Luisa.)
No adivíno qué podrá
querer, y á estas horas
mucho ménos.
RODRIG. (Cuadrándose.) Mi general...
ROQUE. ¿Qué te ocurre, buena pieza,
te han vuelto á castigar?
RODRIG. Vengo, que el señor Lopez y Ruiz,
mi teniente capitan,
me éntregó para vuecencia
este pliego.
ROQUE. Bien está.
(Lo abre, D. Roque lee asustado y con precipitacion.)
RODRIG. Que es de parte del ministro
me dijo, y que he de esperar
la contestacion que usía
se sirva...
ROQUE. ¡Bueno está ya!
(Se cuadra y permanece así hasta su salida.)
RODRIG. ¡Á la órden!
ROQUE. Esto es imposible...
Pero... ¿y si fuera verdad?...
Diga usté á Luisa que venga.
(Váse Rodriguez. D. Roque fija la vista en el pliego durante

algunos momentos.)

Más claro no puede estar.

(Leyendo.) «General; por confidencias particulares y por »algunos diplomáticos extranjeros, se sospecha que el »propósito del ejército francés, en su paso para Portu- »gal, es proclamar rey de España al príncipe Murat, y »al efecto trátase de que mañana mismo salgan para el »extranjero los infantes de España. En tan difíciles mo- »mentos apelo á usted, cuyo honroso uniforme y ante- »cedentes me garantizan de su amor á la patria y á »nuestro muy amado rey (cuya preciosa vida guarde »Dios muchos años) para que, interponiendo su pode- »rosa influencia entre el honrado y valiente pueblo de »ésa invencible plaza y barrios adyacentes, les aperci- »ba á la lucha para tan pronto como el menor síntoma »demuestre la posibilidad de semejante hecho. Sírvase »usted manifestarme su resolucion, no olvidando la ne- »cesidad de imprimír á este movimiento la mayor acti- »vidad y reserva, toda vez que gran parte del ejército »y altos funcionarios son enemigos declarados á la cau- »sa de la libertad y de la patría. (Con pausa.) El ministro »de Marina.»

¡Repito que es imposible!
Pero quién sabe... Quizás
ese coloso guerrero
que de triunfo en triunfo va,
humillarnos como á todos
pretende; eso es, no hay más;
pero esto es infame, inícuo;
decir que iba á Portugal,
y salir ahora con esto;
(Con resolucion y entusiasmo.)
pero... será ó no será.
Que la estrella de la guerra
tambien se suele eclipsar,
y donde ménos se piensa
ó uno espera, allí está

envuelta en montañas de agua
la roca que ha de estrellar
al buque que triunfante
al mundo la vuelta da,
sin ningun impedimento
en su marcha triunfal.
Que á veces un pueblo solo,
puede, pero mucho más
que aguerridos granaderos,
y la defensa tenaz,
vale más que los cañones,
que si un pueblo da en luchar
nunca se le vence, y triunfa,
y salva la libertad,
que esclavos son los cobardes
y aquí en España no están.
Chulos hay en estos barrios...

ESCENA III.

DICHO, LUISA y RODRIGUEZ.

LUISA. Señor... se puede pasar,
ROQUE Adelante. Á ver, al punto,
que Trifon baje á avisar
al tio José el naranjero,
al señor Pedro y á Julian,
y que suban al momento
que los necesito hablar
en asuntos de interés
esta misma noche.
LUISA. Voy allá. (Váse Luisa.)
ROQUE. Tú, buen Rodriguez,
ayúdame á levantar.
(Al levantarse se vuelve á sentar.)
Pícaras piernas, eso es,
(Levantándose con la ayuda de Rodriguez.)
guapo mozo, ajajá.

Conque franceses nosotros...
hombre, no faltaba más,
¡ántes mil veces la muerte!

RODRIG. ¡Eso!

ROQUE. Qué dices tú, perillan.

RODRIG. Que España, fué siempre España,
y siéndolo seguirá,
mal que pese al mundo entero,

ROQUE. (Andando y con alegría.) ¡Bien por la marina real! (Vánse por la primera puerta que será la indicada para el despacho.)

ESCENA IV.

LUISA, por la puerta del foro y mirando por todas partes con marcado interés. Despues RODRIGUEZ.

LUISA. Se habrá ido ese tunante de asistente. Cuidado que siempre que viene me marea con su charla. No niega de qué tierra es, andaluz y basta. (Vuelve á mirar.) Se conoce que se ha marchado. Lo siento, porque á mí me gusta un hombre muy hombre, y los marinos son...

RODRIG. Cachitos de gloria que Dios ha hechao á este mundo para querer á las buenas mozas como tú, salero. (Intenta abrazarla.)

LUISA (Retirándose.) Pero...

RODRIG. Qué pero ni qué manzano. Las cosas claras y el chocolate á gusto de quien lo toma, ¿estás tú? (Vuelve á intentar abrazarla.)

LUISA. (Dándole un empujon.) Pero hombre de Dios, no...

RODRIG. Bendita sea tu madre y el cura que te tuvo, y el padrino que te bautizó, y hasta las campanas de la torre de tu pueblo.

LUISA. Oiga usted, que yo no soy de pueblo.

RODRIG. Mejor.

LUISA. Soy de Madrid, nacida en el Lavapiés, y bautízada en la parroquia de San Lorenzo.

RODRIG. ¡Olé! por el santo mas caliente de *toita* la apostolería. Así tienes tú esos ojillos que echan chispas y abrasan en cuantico se los mira. (Aproximándose mucho.)

LUISA. Entónces no se arrime usté tanto, que se puede quemar y están las fuentes muy léjos.

RODRIG. Ojalá y permita María Santisimica que la llama sea tan grande que te abrase el pecho y te haga el corazon tiqui, tiqui, quince veces seguidas como á mí.

LUISA. Pero usté se quiere quedar conmigo.

RODRIG. Que si me quiero quedar contigo, pues ya lo creo, y más de una vez.

LUISA. ¡Qué tonto!

RODRIG. Oye tú, no me llames á mi tonto, que en toitica la provincia de Cádiz no ha nacido *entoadía* ningun tonto ni embustero.

LUISA. ¡Cla... ro!

RODRIG. Mira tú bien estas hechuras y esta fisonosuya de cara. ¡Olé! pues si traigo yo mas mujeres dislocadas de toiticos los remos de su cuerpo que veces é jablao con Dios.

LUISA. Y habladores? nacen muchos en tu tierra?

RODRIG. Que te desfiguras tú, que esto es hablar. Que se quede mudo el primero que pase por la calle, si todo lo que digo no es más verdá...

LUISA. (Dios mio, lo que raja este hombre.)

RODRIG. Pues si nosotros los marinos... (Con orgullo.) porque yo soy marino, sabes. (Se pasea mirándose con aire de tono y con afectacion.)

LUISA. Ya, ya.

RODRIG. Por si acaso. (Sigue paseando.)

LUISA. (Tanto hablar para nada. Si al fin dijera de una vez!)

RODRIG. Sabes lo que digo, prenda?

LUISA. Que.

RODRIG. Que para no andar diendo ni viniendo.

LUISA. Sí.

RODRIG. Nos abracemos y todo y asunto terminao, entre nosotros á qué andar. .

LUISA. Eso es, con franqueza.

RODRIG. Está claro.

LUISA. (Tardío, pero seguro) Si usté quiere tendremos relaciones... (Se queda como avergonzada.)

RODRIG. (Con asombro.) Pero chiquilla, qué es eso de ri... rila... giciones. Eso no está puesto en la ordenanza que á mi me han leido en el servicio.

LUISA. No?...

RODRIG. Pues claro está... Nada, nada, lo mejor es que abraces este cuerpecito y... (Intenta abrazarla.)

LUISA. Despacio. Si al ménos...

RODRIG. Qué?

LUISA. Me diera palabra de casamiento!

RODRIG. (Riéndose.) Anda, anda, que si te doy yo palabra. Pues si cabalitamente el *mesmito* dia que salí yo de mi pueblo, me dijo el herrador, que es un hombre más leido que la Biblia; Rodriguez, pues que te vas por el mundo, para vivir en paz con todos, nada te importen las malas obras, da siempre, eso sí, buenas palabras y tendrás lo que quieras, conque ya ves tú...

LUISA. ¿No me engaña?

RODRIG. (Con seriedad.) ¡Quién, yo!

LUISA. Vaya, pues entónces... (Al abrazarla Rodriguez, llama don Roque.)

ROQUE. (Dentro.) Luisa, Luisa.

LUISA. Voy.

ROQUE. (Dentro) Que entre Rodriguez.

RODRIG. ¡Maldita sea mi suerte! (Dan un fuerte campanillazo.)

LUISA. Hay, las señoras. (Corre hácia la puerta del foro.)

RODRIG. Pero, oye, chiquilla.

LUISA. Otro dia. (Váse.)

RODRIG. Eso es, espérese usted á otro dia y estése otras dos horas templando la vihuela para que luego, á lo mejor salte una cuerda y no se pueda tocar. (Váse donde llamó D. Roque.)

ESCENA V.

DOÑA ROSA, PILAR y LUISA.

ROSA. (Quitándose la mantilla.) ¡Uf, qué calor! ¡Si parece que estamos en el mes de agosto!

PILAR. Ya, ya; ¡en la iglesia estaba insufrible.

ROSA. ¿Ha venido el señorito?

LUISA. No, señora.

ROSA. Y el señor, ¿dónde está?

LUISA. En su despacho.

ROSA. Toma, (La dá la mantilla y lo mismo Pilar.) y búscame las zapatillas.

PILAR. Y las mias. (Váse Luisa.)

ESCENA VI.

DICHOS, D. ROQUE y RODRIGUEZ.

PILAR. Hola, papá. (Doña Rosa y Pilar se dirigen á D. Roque. Este abraza y besa á Pilar, y lo traen una de cada brazo hasta la butaca.)

ROQUE. Hola. (Á Rodriguez.) Anda, y no te detengas en ninguna parte. (D. Roque saca el pliego en la mano y lo deja en el velador.)

RODRIG. Está bien. Á la órden. (Con disculpa que se me ha olvidado algo volveré á ver si esta balandra navega.) (Váse. Se sienta D. Roque.)

ROSA. Roque, ¿qué tienes? ¡Estás nervioso!

ROQUE. ¡Nervioso! ¡Sí, nervioso! ¡Si dijeras dado á los mismísimos diablos, acertarías mejor!

PILAR. ¿Pero, papá?

ROSA. ¿Qué te pasa para que estés así?

ROQUE. ¡Una friolera! (Le dá el pliego que trajo Rodriguez. Doña Rosa lo toma y lo lee.)

PILAR. (Con dulzura.) ¡Ay papá, qué buen sermon el de esta noche! El padre Manzanares, encargado de la oracion,

ha dicho que este año ocurrirán muchas desdichas. (Se sienta en la silla que estará entre la tapia y el velador.)

ROQUE. ¿Y por qué?

PILAR. Dice que nosotros los pecadores, no pensamos más que en el mal, y que Dios indignado nos castigará con toda clase de calamidades.

ROQUE. No hagas caso, hija mia; Dios es bueno, y en su infinita bondad no puede hacer tal cosa.

ROSA. (Dejando el pliego que toma Pilar.) ¿Y esto le apura tanto? ¡Bah! ¡Quién sabe si será cierto! (Doña Rosa se sienta al lado de D. Roque.)

ROQUE. Las malas noticias siempre son verdaderas.

PILAR. (Con intencion.) Hola, entónces tambien será verdad lo que ha dicho el padre Manzanares. (Deja el pliego y toma un libro, en el que leerá.)

ROQUE. Puede, hija mia. Del bien es de lo que hay que dudar, que el mal él solo se mete en casa. ¿Y Genaro?

ROSA. Nos acompañó hasta la iglesia y dijo que iba á dar una vuelta.

ROQUE. Por ahí no se nota movimiento...

ROSA. Nada, de lo que me alegro; pórque si lo que Dios no quiera, ahora ocurriese algo, estamos aviados con tu raro capricho de vivir en esta maldita plaza de la Cebada.

ROQUE. Como si vivieramos en otra parte.

ROSA. No tal, que por estos barrios vive muy mala gente y sabe Dios.

ROQUE. La más noble y más leal.

ROSA. Mucho, chulería y nada más, Dios los ponga donde haya.

ROQUE. Sin saber lo que va á suceder no se insulta á un pueblo, pobre sí, pero honrado y valiente.

ROSA. Valientes... perdidos es lo que son.

PILAR. Qué libro más bonito, escuchen ustedes. (Leyendo.) «En el pueblo, en ese pobre pueblo, siempre sujeto á la sospechosa mirada del poderoso, y expuesto á todas las contrariedades de la vida, es donde radican con más pre–

dileccion y arraigo toda clase de virtudes tanto cívicas como religiosas.»

ROQUE. (Toma, tómate esa.)

PILAR. (Leyendo.) «La pobreza, símbolo de la honradez, es el »camino mas seguro del cielo, pues el pobre es la encar»nacion de nuestro señor Jesucristo.»

ROQUE. Sigue, sigue.

PILAR. No dice más.

ROQUE. ¡Qué lástima!

ROSA. Hablemos de otra cosa. Supongo que si ocurriera algo no pensarás en que Genaro salga de casa!

ROQUE. Segun y conforme.

ROSA. De ninguna manera.

ROQUE. Si es necesario saldrá y correrá la suerte de los demas.

ROSA. Soy su madre y no lo consentiré.

ROQUE. Pues yo soy su padre y tengo la obligacion de hacerle cumplir todos los deberes de un buen ciudadano.

ROSA. El es hijo de familia y nada tiene que ver con eso.

ROQUE. Bueno, pues tenga ó no tenga que ver, hará lo que yo mande y nada más.

ROSA. Lo veremos.

ROQUE. Está visto. Tú mira que nuestra Pilar sepa mañana ser tan buena esposa y buena madre como hoy es buena hija, que Genaro es cuenta mia.

ROSA. Tan hijo es tuyo como mio, y no cederé de mi derecho.

ROQUE. ¡Rosa, Rosa! No me hagas perder la paciencia y déjame en paz, que bastante tengo yo encima, sin que tú tambien vengas á mortificarme.

ROSA. ¡Luégo dirás que le quieres tanto y cuánto!

ROQUE. Justo, y por lo mismo que lo quiero deseo que sepa que despues de Dios á nadie se debe más que á la patria si esta necesita de él.

ROSA. La patria de un buen hijo es...

ROQUE. (Amostazado.) Es la de los padres, esa. La que hoy nos da el sustento y á quien debo todos mis honores, y el esclarecido nombre que mañana heredará nuestro hijo.

PILAR. Tambien esto es muy bonito. (Leyendo.) »La patria es

para el hombre el más sagrado santuario, y hay de aquel que por cobardía ó mal aconsejado rehusa el puesto del peligro en los supremos instantes que su dignidad se halla amenazada por el ambicioso conquistador ó por el déspota.

ROQUE. Oyes?

ROSA. ¡Vaya, niña, déjanos de tonterías, esos libros no son para las jóvenes!

PILAR. (Dejando el libro y poniéndose de pie.) Pues si dice cosas tan bonitas.

ROSA. Mucho.

ESCENA VII.

DICHOS y JOSÉ.

JOSE. (Desde la puerta.) Se puede pasar.

ROQUE. Á tiempo llegas, buen José.

JOSE. En cuanto yo pueda servirle mándeme usted como á un criado. Lo mismo digo á las señoras.

PILAR. Gracias. (Doña Rosa hace un gesto de disgusto.)

ROQUE. No soy yo quien te llama, sino la patria.

JOSE. ¿Cómo?

ROQUE. Sí, la patria que peligra.

JOSE. ¿Y eso?

ROQUE. Toma y lee. (José toma el pliego y lee con marcados ademanes de indignacion.)

ROSA. (Ap.) (Poco he de poder ó mi Genaro no saldrá de casa.) (Doña Rosa y Pilar Vánse.)

JOSE. Conque es decir que no son solos los franceses nuestros enemigos, sino que tambien...

ROQUE. Tambien.

JOSE. (Estrujando é intentando rasgar el pliego.) ¡Ira de Dios!

ROQUE. (Cogiéndole de la mano.) Qué vas á hacer?

JOSE. Perdone usted, buen don Roque; pero es tal mi cólera, que lo mismo haría con los infames que así venden nuestra honra.

ROQUE. (Con entusiasmo.) Es decir que estás dispuesto...

JOSE. No faltaba más, pudo usted dudar nunca que todos los amigos, lo mismo que yo, estamos á sus órdenes en todo y para todo.

ROQUE. ¡Bien lo decía yo! Lo sé, y por lo mismo mandé en tu busca.

JOSE. ¡Caramba, y usted que no lo hubiera hecho así! ¿Para qué nos ha dado Dios la vida sino para estos casos?

ROQUE. (Poniéndose de pie y con gran entusiasmo.) Cierto! ¿Verdad que sí?

JOSE. (Abrazando á D. Roque que está con los brazos abiertos.) Pues ya lo creo. ¿Pero qué es eso? Llora usted.

ROQUE. (Enjugándose las lágrimas.) No; es que... que...

JOSE. Hable usted.

ROQUE. (Con energía.) ¡Que al oirte me ahogaba la alegría, y sino lloro reviento! (Vuelven á abrazarse.)

JOSE. Deje usted correr las lágrimas y desahóguese.

ROQUE. (Separándose y enjugándose las lágrimas.) ¡Es una mala vergüenza que me vieran llorando!

JOSE. Nada de eso. ¡Cuando el hombre llora, los ángeles del cielo entonan himnos de alegría y hasta Dios bendice tan santas lágrimas!

ROQUE. ¡Cuán bueno eres, José!

JOSE. Si á usted le parece, iré á buscar á la gente, no sea que nos sorprendan y...

ROQUE. Bueno, ya sabes lo que hay, con que...

JOSE. Descuide usted, que ántes moriremos todos que consentir que el invasor manche con su maldita planta ni una sola piedra de esa plazuela.

ROQUE. ¡Cuánto siento que los años y estos pícaros achaques no me dejen estar á vuestro lado, pero estará mi hijo.

JOSE. El señorito, bien; no le faltará nada, ni nadie le tocará un pelo mientras yo aliente; pero usted está bien aquí con la señora doña Rosa, y su Pilar, que es un ángel. Conque manda usté algo más?

ROQUE. (Dándole la mano.) Nada. En cuanto venga Genaro, te buscará, y en un pliego pondré algunas instrucciones.

JOSE. Está bien.

ROQUE. Buena suerte y Dios sobre todo. (*Váse José.*) ¡Dos docenas como este y poco temería yo á todo un batallon de granaderos con el mismísimo príncipe de Murat á la cabeza! (*Váse. Dan las doce.*)

ESCENA VIII.

LUISA *sola, despues* RODRIGUEZ.

LUISA. Pues señor, yo no entiendo una palabra de esto; pero indudablemente debe ocurrir algo, y no muy bueno, otras noches á estas horas ya estamos cansados de dormir, y hoy ni hemos rezado el rosario, ni ha venido el señorito. (*Arregla los libros de encima del velador y canta.*) Ahora debiera aparecer por ahí Rodriguez, tanto como dice que le gusta oirme cantar. (*Vuelve á cantar cada vez más piano.*)

RODRIG. (*Desde la puerta.*) ¡Olé, ahí! y viva la gracia en el mundo de toiticas las hijas de Madrid, que son guayabita fina, capaces de sacar de sus casillas al mismo Job.

LUISA. (*Dejando de cantar.*) Él; me haré la distraida.

RODRIG. ¡Qué cuerpecito y qué pinreles! Jujuii... hoy corto las amarras y hago escala en este puerto. (*Entrando.*) ¡Olé, las buenas mozas!

LUISA. Ménos cortar, que se puede cambiar el aire é irse á pique.

RODRIG. Con viento en popa y de frente no hay peligro, chiquilla.

LUISA. En alta mar no; pero en la costa siempre está la mar picada.

RODRIG. No importa, mi barco es un tesoro.

LUISA. ¡A... gua! que se quema el mar.

RODRIG. Conque dame fondo y echo anclas en seguida.

LUISA. ¿No tiene usté miedo á perderse?

RODRIG. ¿Quién, yo?

LUISA. ¿Y la resaca?

RODRIG. Precisamente la resaca es lo que á mí más me gusta.

LUISA. ¿De veras?

RODRIG. Ya lo creo; como que es lo mejor para colarse mar adentro. (Intenta abrazarla.)

LUISA. Quieto, no sea que lo vayan á tomar por pirata.

RODRIG. Á mí?

LUISA. Clarito.

RODRIG. No hay *cuidao*, traigo yo la patente muy limpia.

LUISA. Y cargamento?

RODRIG. De amor para tí, graciosa balandra. (La coge una mano.)

LUISA. Con órden?...

RODRIG. De descargar hoy mismo suceda lo que quiera.

ROSA. (Fuera.) Luisa.

LUISA. Voy, señora. (Váse corriendo.)

RODRIG. ¡Me partió! Ahora que ya nos ibamos fogueando para entrar en accion. No, pues yo pronto vuelvo, porque esto de destapar el tarro, ver la miel y no catarla con lo goloso que yo soy, es muy duro. (Váse.)

ESCENA IX.

DOÑA ROSA y LUISA.

ROSA. Anda, anda; acuéstate y ten cuidado con la luz.

LUISA. Deje usted, esperaré hasta que venga el señorito.

ROSA. No, yo le esperaré. (Llaman á la campanilla.) Ahí está, corre. (Váse Luisa.) Á tiempo llega. (Se asoma á la puerta del despacho.) Ahora que no está su padre, yo haré co maña que quiera ó no quiera se quede en casa.

ESCENA X.

DOÑA ROSA y GENARO.

GENARO. (Corriendo á abrazar á su madre.) ¡Madre!

ROSA. Ya es hora.

GENARO. Tiene usted razon; pero el deseo de conocer con certeza cierta especie que corre por ahí...

ROSA. Ya, ya.
GENARO. Está usté incomodada conmigo?
ROSA. Así, así.
GENARO. Usted es muy buena y me perdona. (La vuelve á abrazar.) ¿verdad?
ROSA. Sí, y no.
GENARO. ¿Cómo?...
ROSA. Con una condicion no tengo inconveniente.
GENARO. Aceptada. ¿Qué me pedirá usted que yo no me desviva por complacerla?
ROSA. ¿Por mi cariño?...
GENARO. Por...
ROSA. No prosigas. Pues ya lo sabes, que si ocurre algo, no has de salir de casa.
GENARO. No comprendo...
ROSA. Que si, como dicen, los franceses intentaran realizar, no sé, ni quiero saber, qué quiméricos planes, no te separarás de mi lado.
GENARO. (Sorprendido.) ¿Y si mi buen padre me lo ordenara?
ROSA. Lo juraste.
GENARO. Advertid que el deber....
ROSA. Una madre es ántes que nada.
GENARO. ¿Y el honor?
ROSA. ¿Y mi cariño?
GENARO. Pero mamá, ¿y si fuera verdad que la patria peligrara?
ROSA. (Con indignacion.) ¡Lo mismo que su padre!! ¿Pero qué demonios es eso de la patria que así turba vuestros sentidos?
GENARO. (Con entusiasmo.) ¿Y me lo preguntais vos?

La patria, madre querida,
es el todo de la vida
despues del trono de Dios.
Es cuanto vemos y amamos,
y cuanto á la tierra toca;
es el bosque, el mar, la roca,
y el aire que respiramos.
Es el armonioso canto

del cánoro ruiseñor;
es la gloria, es el amor,
y tambien el triste llanto.
La patria, madre adorada,
sois vos misma, es el cariño
que me teneis desde niño
con pasion desenfrenada.
Patria y tierra el gran Colon
gritó al descubrir un mundo,
patria y tierra el moribundo
quiere hasta en el panteon.
Porque todo cuanto existe
para el hombre, es á porfía
de la patria la armonía
que en mil formas se reviste;
Pues que sin ella, la luz
del saber no brillaría,
ni Cristo grande sería
desde el trono de su cruz.

ROSA. (Arrebatada de entusiasmo.)
Cállate, por compasion,
que ya más no quiero oir,
ó no podrá resistir
aquí dentro el corazon.
Ya sé que es la patria, sí;
y pues que ella te llama
vuela, tu madre y tu hermana
pedirán á Dios por tí.
¡Corre, y con el pensamiento
raja y mata! y no perdones
á los que con traiciones
provocan al leon sangriento.
¡Vé... y cuadre al mundo, ó no cuadre,
si alguno torpe te hiere,
dí que así es como te quiere
el cariño de tu madre (Se abrazan con efusion.)

ESCENA XI.

DICHOS y PILAR.

PILAR. Bonito cuadro; al niño
un mimito, bien está.
¿Y para mí, ya no hay nada?
(Genaro deja á Doña Rosa y abre los brazos á Pilar.)
No te debiera abrazar
por haber tardado tanto. (Se abrazan.)

GENARO. Fué una casualidad.

PILAR. Lo supongo, cuándo á tí
no te pasa algo casual?

ESCENA XII.

DICHOS y D. ROQUE.

ROQUE. (Desde la puerta.) ¡Él aquí ya, y con su madre;
vaya, jaleo tenemos!
(Sale con resolucion y se dirige á Genaro.)
Hoy que más falta me hacías
vienes más tarde.

GENARO. (Con respeto.) Muy cierto
que me descuidé algun tanto.
Se siente usted mal!

ROQUE. No es eso.
¿Qué se dice por ahí? qué hay,
qué traes de nuevo?

GENARO. De fijo nada se sabe;
se habla mucho, más yo creo
que todo lo que se dice
carece de fundamento.
Porque la cosa es bien clara.
Si ellos quisieran ¿qué medios
tendriamos de oponernos?
ninguno.

ROQUE. (Con calma.) ¿Y quién son ellos?
GENARO Quién han de ser? los franceses.
ROQUE. (Con sorpresa.) ¡Qué?... (Á Doña Rosa y Pilar.)
Dejarnos un momento. (Vánse.)
(D. Roque se sienta en la butaca y Genaro á su lado.
¡Conque la cosa... es bien clara!
¡Conque, si quisieran ellos!
¡Conque es decir... que si quieren
no tenemos más remedio
que entregarnos? ¡vive Dios;
que te estoy hoyendo
y la sangre se me enciende,
y hasta casi me avergüenzo
de que seas hijo mio!
GENARO. ¡Pero padre!
ROQUE. ¡Yo no soy eso!
Cómo he de ser padre yo
de quien abriga en su pecho
ademas de torpes miras
la idea de que este pueblo
ha de sucumbir por fuerza?
¿Dónde te han dicho á tí eso?
GENARO. Yo padre lo he oido
ha un rato en el ministerio,
y creí...
ROQUE. Muy mal creido;
quién te dijo... ¡Ah!... [illegible] lo sospecho;
los miserables de que habla
el ministro en este pliego!
(Genaro se levanta y toma el pliego de encima del velador y lee con avidez y claras muestras de sorpresa.)
¡No hay duda, estamos vendidos!
GENARO. (Ap.) (Á leer no acierto.)
(Sigue leyendo y D. Roque apoya la cabeza en ambas manos.)
¿Pero es verdad, padre mio,
cuanto estoy aquí leyendo?
ROQUE. ¿Qué te habías figurado?

qué pensabas?

GENARO. Lo que pienso
es que tiene usted razon,
en cuanto me ha dicho y hecho,
perdonándome si ahora
aun faltándole al respeto,
en salir al punto pongo
mi más decidido empeño.
Que peligrando la patria
fuera cobarde y rastrero
si al empeñarse la lucha
no acudiera yo el primero
al sitio de más peligro.
Conque desígneme puesto
donde probar pueda al punto
que odio tanto al extranjero
como amor tengo á la patria
que dominó al mundo entero;
la más noble y generosa,
que cobija el ancho cielo,
la patria de Juan Padilla
y Lanuza el Justiciero.

ROQUE (Poniéndose de pie y abrazándole.)
¡Ya te conozco, hijo mio!

GENARO. ¡Padre!

ROQUE. Cuánto consuelo
son para mí tus palabras;
¡así, así es como yo te quiero!
(Lo estrecha entre sus brazos y Genaro se separa.)

GENARO. Pues dejadme, que la sangre
siento arder dentro del pecho,
y ántes que arrastrar cadenas
mil veces morir prefiero.
(Hace mencion de echar á andar)

ROQUE. (Con entusiasmo.)
Bien, hijo mio, pues corre
en busca del tio Pedro,

de Julian, y de José,
el valiente naranjero,
y con ellos dispoñed
cuanto ordena aqueste pliego.

GENARO. Y saben ya... (Toma el pliego.)

ROQUE. Todo, sí,
y á morir están dispuestos,
conque...

GENARO. No me digais nada,
cumpliré como hijo vuestro
muriendo...

ROQUE. No es muerte, la muerte,
que tiene por premio el cielo.

(Váse Genaro por la puerta del foro. D. Roque se enjuga las lágrimas y queda pensativo breves instantes.)

¡Se marchó! ahora su madre
por él me preguntará,
y que soy un monstruo dirá,
un criminal, un mal padre.
De seguro no habrá modo
que la pueda convencer,
de que á veces un deber
por encima está de todo.

ESCENA XIII.

DICHO y DOÑA ROSA.

ROSA. ¿Y Genaro?

ROQUE. (¡No lo dije!)
Salió, pero pronto aquí
volverá.

ROSA. ¡Pobre de mí!

ROQUE. Ve que la patria lo exije.

ROSA. (Con reflexion.) ¡Ya lo sé, Roque! ¡Ya sé
que el destino así lo ordena,
más de una madre la pena.

quién la quita!
(Se dirige hácia la ventana que da á la plaza.)

ROQUE. (Que se fué
sabe, y con resignacion
sufre y calla ¡oh dicha mia!)

ROSA. (En la ventana.) ¡Cuán risueño nace el dia
que mata mi corazon!
Montes de flotante tul
el ancho espacio dilata,
entre cintas de oro y plata,
rubíes, grana y azul.
Todo sonrie y anima
con la luz crepuscular,
y yo ni aun puedo llorar
del dolor que tengo encima.
(Se quita de la ventana.)

ROQUE. ¡Rosa, tu afliccion colijo,
y aunque el pesar te taladre
mira que tambien soy padre
y que Genaro es mi hijo!

ROSA. Conozco tu sufrimiento
por lo que en mí está pasando.

ROQUE. (Enjugándose las lágrimas.)
¡No me ves que estoy llorando,
pues no aumentes mi tormento!
(Momentos de silencio. Doña Rosa enjuga tambien las lágrimas.)

ROSA. (Aparte.) (Es verdad que su dolor
recrudezco, y es mal hecho.)
Roque, me retiro al lecho
á descansar.

ROQUE. Es lo mejor. (Poniéndose de pie.)
Mira, vámonos los dos. (Dándola el brazo.)

ROSA. [redacted] así descansarás [redacted] un poco,
que estarás mal.

ROQUE. ¡Estoy loco!

ROSA. ¡Sea lo que quiera Dios! (Vánse.)

ESCENA XIV.

RODRIGUEZ, sólo.

Gran sigilio y mirando por todas partes.

Ni muerta ni viva la veo por ninguna parte. Como si lo viera que está reposando en blanco y mullido lecho. Y poco guapa que estará dormida; de seguro que parece un ángel ó la Vírgen del mar de mi pueblo que es mas bonita que una onza de oro. (Se rasca la cabeza y vuelve á mirar.) Estas desigualdades son las que á mí me matan. ¡Por qué ella ha de estar en su lugar descanso y yo arma al brazo hecho un quinto de línea. (Se asoma á la ventana.) Ya es de dia, toquemos retirada, no sea que por mor de estas cosillas se arme la trimolina y me pongan las carnecitas de mi cuerpo con más dignidades que tiene un concilio. (Dando unos pasos hácia la puerta del foro y se vuelve.) El caso es, que me dan muchas más ganas de quedarme que no de irme. (Reflexionando.) ¡Rodriguez!.. mañana será otro dia.. ¡Mar... chen!... Arr... (Váse.)

ESCENA XV.

D. ROQUE, sólo recoriendo la estancia muy despacio y pensativo.

ROQUE. Todo es silencio y quietud
(Acercándose á la ventana que da á la plaza.)
en derredor de la plaza,
y hasta los puestos cerrados
están hoy por la mañana. (Se retira de la ventana.)
No sé qué decir de esto
ni qué revela esta calma,
tan loco estoy que no sé

si esta es señal buena ó mala. (Se sienta.)
¡Qué noche, vaya una noche;
por lo agitada y lo larga,
debe ser esta sin duda
una noche desgraciada!
¡Para quién será, Dios mio,
para quién! La cosa es clara;
¿para quién ha de ser? para ellos
que perderán la jornada.
¡La perderán! que del cielo
oigo de Dios la voz santa
que me dice que el triunfo
será para nuestras armas!
Más el tiempo veloz corre
y me inquita esta tardanza;
voy yo mismo, si no puedo,
(Intenta levantarse y se vuelve á sentar.)
¡Ay! este reuma me mata
si no cómo era posible...

ESCENA XVI.

DICHO y GENARO precipitadamente.

GENARO. ¡Padre! El extranjero avanza
y ya invade de Madrid
todas las calles y plazas.

ROQUE. ¡Y tú, qué haces, cobarde,
sin empuñar aun las armas!
¿Dónde está toda la gente?
¿Á qué esperais ya, canallas,
que no habeis muerto en la calle
al grito de viva España?

GENARO. Todos están ya avisados
y acudirán sin tardanza
á cumplimentar sus órdenes.

ROQUE. (Señalando la panoplia.)

Toma, toma aquella espada. (Genaro va por ella)
y la victoria ó la muerte,
¿lo entiendes? ó todo ó nada.

ESCENA XVII.

DICHOS y el TIO JOSÉ.

JOSE. Así se hará, buen don Roque.
ROQUE. ¡Ah! valiente camarada,
cuánto me haceis padecer...
JOSE. No se inquiete usted, caramba,
y tenga confianza en toda
la gente de esta barriada.
Ya están abajo, Julian,
el tio Pedro, Ruiz, Moncada,
los hermanos Villa-hermosa,
el Tuerto y Cara-quemada.
ROQUE. Pues andando, y lo primero
levantar las barricadas.
¡Sean los puestos, castillos,
cada hombre una brigada,
y que se tiemble al nombrar
la plaza de la Cebada,
cuando se hable de este dia
en la historia de la patria!
JOSÉ. Está bien, con su permiso
nos vamos.
GENARO. (Arrojándose en brazos de su padre.)
¡Padre!
ROQUE. ¡Hijo del alma!
á pelear como bueno
por tu Dios y por España.
(Vánse Genaro y el tio José, D. Roque se enjuga las lágrimas.
Óyense dos tiros.)

ESCENA XVIII.

D. ROQUE, DOÑA ROSA y PILAR.

ROSA. (Corriendo hácia la puerta del foro.)
¡Hijo mio! hijo... pero Roque?
ROQUE. Ni una palabra,
bastante lo siento yo,
pero ante todo es la patria.
(Lloran los tres. Momentos de silencio.)
Llora, muy enorabuena,
tambien yo lloro, y el alma
destrozada en mil pedazos
parece que me se salta. (Momentos de silencio.)
PILAR. (Con energía.) Quiere usted, padre, que yo
con mi hermano tambien vaya.
ROQUE. (Con sorpresa y alegría.)
¡Qué dices... ir tú, hija mia?
¿Es posible que tú osaras?
PILAR. Iré guardando á Genaro,
y si acaso peligrara,
teniendo á su hermana cerca,
¡hay de aquel que le tocara!
ROQUE. ¡Hija, el cielo te bendiga,
pero tú haces falta en casa
para amparo de estos viejos .. (La abraza y besa.)
Si este reuma me mata!
(Descarga cerrada y oportuna.)
ROSA. ¡Pobre hijo mio!
PILAR. (Corriendo hácia su madre.) Mamá,
no te apures...
GRITO. (Dentro.) ¡Viva España! (Óyense dos tiros lejanos.)
ROQUE. (Con entusiasmo.) Mágico grito que inunda
de placer toda mi alma... (Se pone de pie.)
¿por qué estaré yo enfermo
haciendo en la calle falta?
Ven, Pilar... sé mi apoyo...

llévame hasta la ventana.

(Pilar lleva á D. Roque á la ventana y vuelve al lado de Doña Rosa que estará ya de rodillas ante una Vírgen de la Soledad, recitando los cuatro versos siguientes, la ayudará á levantar y la sacará de escena.)

ROSA. Señora, interceded vos
en la pena que me ahoga,
velad por mi hijo, señora,
que pelea por su Dios. (Vánse Doña Rosa y Pilar.)
(Óyense otros dos tiros.)

ROQUE. (En la ventana.) ¡Ah, valientes, cual pelean
como leones cuerpo á cuerpo;
pero inútil heroismo,
son para cada uno ciento!
Navaja en mano son fieras
los valientes naranjeros...
(Con entusiasmo hasta terminar la escena.)
¡Ya dejan la barricada!...
¡Así se lucha! ¡Á ellos, á ellos!
¡Bravo! vaya un zafarrancho...
(Óyense dos tiros lejanos.)
¿Qué ven mis ojos, es sueño?
¿En Nuestra Señora de Gracia,
la gente del matadero.
suelta tambien los fusiles
y echa mano al blanco acero?
¡Allí mi hijo Genaro!...
Lo estoy viendo y no lo creo...
Buena embestida... ya huyen...
¡Ala, valientes con ellos!...
(Con gran satisfaccion.)
Eso, eso es saber pelear... (Voces dentro.)
«Muera, muera el extranjero.» (Tiros.)
Cuál corren y tiran armas
en confuso desconcierto!
(Se retira de la ventana.)
¡Gracias, Dios mio! Ahora

ya satisfecho me muero,
(Da algunos pasos ligero y tira el baston.)
y hasta las piernas me ayudan
y... que soy un jóven pienso!

ESCENA XIX.

DICHO y el TIO JOSÉ.

JOSE. Don Roque!... (Desde la puerta con severidad.)
ROQUE. (Con entusiasmo.) Á mis brazos.
JOSE. (Adelantándose.) Tenemos al chico herido.
ROQUE. ¿Mucho?
JOSE. No señor, ha sido
nada más dos rasguñazos.
ROQUE. ¿Y dónde está?
JOSE. Con su madre
dentro fué.
ROQUE. Se ha portado?
JOSE. Más valiente y esforzado
no lo ví nunca.

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, DOÑA ROSA, PILAR y GENARO con el brazo en cabestrillo.

ROQUE. ¡Hijo!
GENARO. ¡Padre! (Se abrazan.)
ROQUE. ¡Así te quiero, hijo mio.
¿Á ver, á ver?
GENARO. Si no es nada;
un pedazo de granada
que me alcanzó, pero frio.
ROQUE. Buena leccion han llevado.
JOSE. Creo que escarmentarán
y que aquí no volverán.
ROQUE. Les está bien empleado.

¿Y cuántas bajas tenemos?

JOSE. Á unas veinte se aproxima.

ROQUE. ¿Y están?

JOSE. Curándose en la Latina.

ROQUE. Las de ellos no serán ménos,

JOSE. No señor, son muchas más,
y creo que no le miento
si digo pasan de ciento
los dados á Barrabás.
(D. Roque manifiesta una gran alegría.)
Conque yo á ver á la gente
me voy, si alguna otra cosa...

ROQUE. Que no quede uno. (Se dan la mano.) Anda Rosa.
dale un trago á ese valiente.
(Vánse el tio José y Doña Rosa.)
Y puesto que ya pagada (Cogiendo á Genaro.)
la patria está con tu herida.
no te se olvide en tu vida
LA PLAZA DE LA CEBADA.
(Pilar y Genaro se colocarán uno á cada lado de don Roque.)
Hijos mios, ya soy viejo
y poco puedo vivir,
mas no me quiero morir
sin daros un buen consejo.
Nunca se borre en los dos
de la patria el nombre santo.
respetadlo, tanto, tanto
como á vuestro mísmo Dios.
Que la vida en este suelo
dos verdades sólo encierra;
la patria, Dios de la tierra,
y el Dios que está allí, en el cielo.
(Genaro y Pilar se arrodillan uno á cada lado de su padre y le besan la mano. Telon.)

FIN DEL DRAMA.

ZARZUELAS.

		TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Parte que corresponde á la Galería
		Á la pradera..............	1	D. Juan Maestre........	L.
		Á oposicion...............	1	Sres. Sta. María y Reig.	L. y M.
2	2	Efectos de 301 dias........	1	D. Ildefonso Valdivia...	L.
		El ruiseñor................	1	Tomás Reig.........	M.
		El lavadero de la Florida...	1	D. Isidoro Hernandez...	M.
		El mejor postor...........	1	Tomás Reig.........	M.
		En el viaducto............	1	Tomás Reig.........	M.
		Fuego y estopa........ ...	1	Tomás Reig.........	M.
		La gran noche.............	1	Sres. Maestre y Hernandez	L. y M.
12	6	La plaza de Anton Martin...	1	Granés, Sierra, Prieto Valverde y Chueca.	L. y M.
		Los timadores.............	1	D. Pascual de Alba....	L.
		Mazapan de Toledo.........	1	Angel Rubio........	M.
		Retreta...................	1	Pedro Gorriz.... ..	L.
		Sitiado por hambre:........	1	Casimiro Espino....	M.
		Tirios y Troyanos..........	1	Señores Vega y varios Maestros..........	L. y M.
		Una historia en un Vagon..	1	Tomás Reig.........	M.
		Cosas de España, *revista*....	2	Cuesta, Criado, Alba, Cansinos y Reig...	L. y M.
		El paje de la Duquesa......	2	Antonio Llanos......	M.
		Las mil y una noches.	3	Sres. Pina Dom. y Rubio	L. y $^{1}/_{2}$ M.
		Esther....................	5	D. Ildefonso Valdivia...	L.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta,* calle de Carretas; de *D. Fernando Fé,* Carrera de San Jerónimo; de *D. M. Murillo,* calle de Alcalá; de *D. M. Rosado* y de los *Sres. Córdoba y Compañía,* Puerta del Sol; de *D. S. Calleja,* calle de la Paz, y de los *señores Simon y Osler*, calle de las Infantas.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de esta ADMINISTRACION.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion* acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.